

en la humanidad, por más que se burle de ellas la locura. Lo que el tiempo dió, lo recogerá; sólo te dará una felicidad duradera lo que es eterno». <sup>(1)</sup>

(1) Tegner, *Gedichte* (Mohnike, 1840), II, 34 y sig.

## CONFERENCIA XVI

### EL FIN DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. **Todo tiene su fin señalado por Dios: la naturaleza, el hombre, la humanidad.**—Un artista se mira mucho antes de introducir en su taller á una persona sin experiencia en su profesión, pues teme que al aspecto de lo que halla pierda el alto concepto que hasta entonces tenía del arte. En efecto, el profano está como tentado de creer que no era más espantoso el desorden en la tierra durante la época del caos primitivo. <sup>(1)</sup> Sobre el sofá hay un barullo indescriptible de modelos y diseños; en la cama arbustos, restos de comida y colores, en la mesa una mano partida y la mitad de un esqueleto, en las paredes paños con pintorescos pliegues; esparcidos por el suelo los dibujos más artísticos, sobre la estufa numerosos pinceles y tubos de colores. Todo está en su sitio, allí donde nada parece estarlo; las cortinas medio corridas en las ventanas como en una casa mortuoria y el artista mismo en traje indescriptible. No hay que asombrarse, pues, de que el visitante se dé palmadas en la frente preguntándose si cayó en casa de un loco. Donde el inteligente ve al primer golpe de vista en toda aquella confusión qué notables ideas y qué proyectos audaces tiene el artista, no encuentra el profano ni un pensamiento ni una palabra. Sólo cuando se aleja, recobra el habla, y se indemniza de aquella momentánea suspensión de inteligencia y de palabra burlándose de lo que no pudo comprender. Como aquellos que se burlan de los designios y planes de Dios, no pensó que era él

(1) Gen., I, 2.

más bien el digno de burla, pues no advertía fin ninguno en lo mismo que un hombre inteligente preparaba teniendo la mira en un fin más sublime.

Así pasa en todas las cosas; por pura ignorancia, creemos deber negar todo fin á aquello que no comprendemos. En la tierra nada hay sin un fin; nada sin éste podría existir. Lo que desde luego da á una cosa el ser y la actividad, es su fin; <sup>(1)</sup> y allí donde no encontramos fin, no tenemos derecho á quejarnos de su falta, sino tan sólo motivo para lamentar nuestra ignorancia. El pájaro con su canto, que no comprende, persigue un fin; la hormiga, con sus idas y venidas indecisas, persigue un fin cierto. Si perdiéramos las pestañas y las cejas, veríamos claramente que sirven para un fin determinado.

Nada en el mundo estaría fuera de su lugar, ni faltaría á su determinado fin, si el hombre, en su presunción insensata, no turbara el orden de la creación; con frecuencia no quieren ver esto sus débiles ojos, y á veces cree dar pruebas de prudencia corrigiendo la obra del Creador. Pero las confusiones y los daños que siempre son su consecuencia, enfermedades, inundaciones, insectos nocivos, esterilidad en las cosechas y mil otros resultados funestos le enseñan que una sabiduría más alta, la propia sabiduría de Dios, prescribe los fines, no sólo á las partes del conjunto, sino al conjunto mismo, y le señala la dirección que debe seguir.

Lo mismo sucede con el individuo y con la humanidad. El hombre tiene la suerte en su propia mano, porque es independiente y libre; no obstante eso, con más frecuencia de lo que cree, depende de lo que le rodea, como los escritores de estadística prueban por medio de números. Pero el Eterno Pastor de los pueblos dirige todavía más á los hombres conforme á sus planes. El corazón del hombre dispone su conducta, pero el Señor dirige sus pasos. <sup>(2)</sup> El

(1) Sto. Tomás. 1, q. 5, a. 4: 1, 2, q. 1, a. 2. Aristót., *Metaph.*, 8, 8, 7; 4, 1, 5.

(2) Prov., XVI, 9.

corazón del rey mismo está en la mano del Señor que le dirige á donde quiere. <sup>(1)</sup> Lo mismo ocurre con los Estados, los pueblos y la humanidad. El Egipto, como la Asiria, fué un instrumento entre las manos del Señor, y el Imperio romano un puente y una gran vía militar destinados á procurar la salvación de los hombres. Los Estados y las civilizaciones, que se prestaron como instrumentos dóciles á ejecutar los últimos designios de Dios, siguieron voluntariamente esta ruta recibiendo en cambio bendiciones; los que se opusieron, se atrajeron las mismas desgracias que los que tratan de poner trabas á las miras del Señor; pero por fin contribuyeron á justificar la sabiduría de Dios y á probar lo inflexible de su voluntad y de sus fines. Creían hacer el mal, pero Dios convirtió ese mal en bien. <sup>(2)</sup>

**2. No tiene finalidad lo que no sirve al más elevado fin.**—Cada cosa, pues, tiene su fin; nada puede existir ni subsistir sin él, ni siquiera la confusión que parece carecer de plan. ¿De qué procede entonces que observemos en el hombre tantas cosas que nos parecen sin utilidad y sin fin? ¿Por qué lamentamos con amargo arrepentimiento tantas acciones, tantas horas como perdidas? ¿Cómo explicar que frecuentemente resulten inútiles y sin valor cosas en que la perspicacia humana creía haber ejecutado una verdadera obra maestra?

Chocarán acaso un poco estas expresiones, pero la experiencia las justifica. Echemos una ojeada al terreno que la actual civilización alaba con tan singular orgullo como conquista suya, pero del que verdaderamente hizo el punto de cita de sus más completos desaciertos. Nos referimos á la instrucción, que sirve para demostrar perfectamente cómo una cosa puede perseguir un fin, y carecer, sin embargo de él, y hasta ser á veces contrario al mismo fin que se propone. En esa batahola de estudios, ya bellos, ya perjudiciales, ya vanos, con que nuestra moderna pedagogía atiborra el cerebro de los pobres niños, cada cual

(1) Prov., XXI, 2.

(2) Gen., I, 20.

tiene su fin. Uno debe satisfacer la curiosidad ociosa, otro convertir á un niño de diez años en portento capaz de tomar parte en cuestiones agitadas por insignes personalidades, y de saber en ellas la última palabra. El tercero debe, por excepción, suministrarle conocimientos útiles. Bien examinado todo, no podemos decir otra cosa, sino que esta cultura es en gran parte superflua, que hasta es un inconveniente para el niño. ¿De qué sirve á la jovencita que pasará la vida ocupada en los trabajos del campo y domésticos, ese barullo de ciencia indigesta; arqueología, anatomía, psicología, zoología, geometría, entomología, etimología y mitología, con que los implacables educadores del pueblo la acosan, en vez de enseñarle á echar sus cuentas sin equivocaciones y á firmar de un modo inteligible? ¿Qué provecho sacamos de haber sido en nuestra juventud torturados con tantas cosas superfluas, superiores á nuestro juicio? Entonces nada comprendíamos, y después, hace ya mucho tiempo que lo olvidamos todo. Lo único que para toda nuestra vida conservamos, es que nuestras fuerzas físicas se debilitaron, quedó nuestra memoria destruída, nuestra inteligencia incapaz de libertad y de independencia, extinguido nuestro amor al estudio, y sólo adquirimos ese espíritu de curiosidad malsana, enfermedad de la juventud actual, que en nuestra infancia dejó á veces perplejos á los que nos rodeaban, nos comprometió en numerosas luchas durante la adolescencia, y nos preparó tantas rectificaciones en la edad madura. Todo servía para un fin y, sin embargo, todo nos produjo un gran perjuicio. En sí, hay algo bueno en que el comerciante, cuyos negocios le llevan á la India, se detenga en Egipto para estudiar los geroglíficos y la arquitectura de la antigua Kemi, ó permanezca en Arabia y en Persia lo bastante para aprender los idiomas del país; pero en definitiva lo hace con determinado fin. Si un general enviado á la India para sofocar una insurrección se portara así, todo su viaje á esos países carecería de objeto, y cuanto allí se detuviera, sería un inconveniente para su misión.

Estos ejemplos muestran que nuestro concepto del Humanismo y de la historia de la civilización en modo alguno perjudica al espíritu del mundo: se lamentarán de que no concedamos á su vida y á sus progresos el valor que tienen derecho á pretender, pero con toda seguridad de conciencia podemos decir que hacemos de sus conquistas tanto caso como él mismo, con tal que no exagere, ni quiera hacer pasar por dudosos bienes seguros é inamisibles; y si alguno de los nuestros menospreciara los frutos de la civilización, del arte y de la ciencia, seríamos los primeros en censurarle. Pero no podemos, sin embargo, atribuir á todo esto más valor que el propio Humanismo; conocemos los fines de sus actos, y no son más que fines con miras percederas, terrestres, subordinadas: excluye sistemáticamente los fines más elevados, que miran más allá de la vida y del tiempo; de manera que protestaría fuertemente si quisiéramos atribuírselos. ¿Cómo puede entonces quejarse de que le agraviamos al tratarle tal como se presenta á nuestros ojos? Si dispone los fines que persigue, de tal manera que descuida y hace imposibles los fines más elevados, es un deber de justicia y de verdad hacer constar el hecho, y decir que sus tendencias son un inconveniente para los fines supremos de la humanidad.

En otros términos, hay que distinguir varios fines; los subordinados y los superiores: buscamos los unos para alcanzar los otros; éstos no sirven para ningún otro fin ulterior. Nadie tendrá sentimientos bastante bajos para no considerar como un insulto el que se dijera que come y bebe por simple gusto, y no con objeto de aumentar sus fuerzas, para cumplir sus deberes y para conservar en servicio de Dios a vida que Éste le dió. Hay, pues, fines inferiores y fines superiores.

Pero también hay un fin supremo ó último, que domina á todos los demás; y es aquel en virtud del cual no perseguimos otro fin, sino que lo buscamos únicamente á causa de él mismo. <sup>(1)</sup>

(1) Aristót., *Ethica*, 1, 7 (5), 3, 4.

Sólo este último fin da valor á todo lo que hacemos. Si cada acto tiene importancia por el fin á que aspira, <sup>(1)</sup> esta doctrina debe aplicarse especialmente al fin último. Todo acto y todo esfuerzo, por grandes y nobles que en sí mismos sean, carecen, sin embargo, de fin, si no se dirigen á este fin supremo y último. Una vida que á él no aspire y no llegue, por rica y fecunda que sea, no puede ser llamada, como dice un antiguo filósofo, más que locura y fracaso. <sup>(2)</sup>

**3. En qué medida el último fin es la felicidad; diferente punto de vista del Humanismo y de la Humanidad.**—Al fin último, pues, debemos aspirar todos los hombres sin excepción; debe ser lo que cada cual busque en cada uno de sus actos y en cada uno de sus esfuerzos, lo único que nos hace tolerables las penas de la vida. Tal vez también es lo único en que están de acuerdo, si no las palabras, por lo menos los deseos de todos los corazones.

Sí, hay una idea que cada cual reconoce como suya; es la que el rey busca en sus expediciones, el mendigo cuando pide á la puerta de las iglesias; es la que el filósofo sirve en sus investigaciones, el músico en la orquesta, la hermana de la caridad junto al lecho del apestado. La avaricia y el desorden, la mortificación y el placer sensual, las invenciones ridículas de la ociosidad, no se proponen otro fin último que este fin común; hasta el mismo que públicamente lo niega, lo admite en particular; pues sólo en apariencia lo combate, y la mayor parte de las veces por orgullo.

Ese lazo que nos une en medio de todas nuestras divergencias de opiniones; este pensamiento, el único que es común á la humanidad, no necesitamos decir cual es, porque todos saben que es el deseo de felicidad.

Verdad es que desde hace largo tiempo se puso de mo-

(1) Agustín, *Mor. eccles.*, 2, 13, 27. Sto. Tomás, 1, 2, q. 1, a. 3; q. 18, 4; q. 19, a. 1. Aristót., *Anima*, 2, 4, 15. Platón, *Republ.*, 10, 12, p. 613, c.

(2) Eudem., 1, 2, 1.

da el tratar con menosprecio á los hombres y los tiempos que hablan de felicidad, y denigrar especialmente la moral cristiana, porque, como dicen con altanería y desdén, se coloca en el vulgar punto de vista del Eudemonismo. Quien espera la felicidad, dice Fichte, es un necio que no se conoce á sí mismo, y que ignora sus propias condiciones; no hay felicidad; ni siquiera es posible; esperar la felicidad y reconocer á un Dios por consideración á ella, es locura. <sup>(1)</sup> No es á los filósofos, dice Hartmann en el mismo tono desdeñoso, á quienes se debe pedir consuelos; quien desee la felicidad, que se atenga á los sermonarios y á los libros de piedad; en todo caso no está en sazón para la ciencia moderna. <sup>(2)</sup> Y para que en este concepto la teología incrédula no quede rezagada de la filosofía del dolor universal y de la infelicidad, Strauss declara, en nombre de la ciencia, que es una de las muchas ilusiones en que incurren los charlatanes insensatos el creer que exista una felicidad y que el hombre sea capaz de alcanzarla. Cada cual debe ayudarse á sí mismo, sin lo cual es imposible que le ayude nadie.

No obstante eso, nos atenemos á lo que anteriormente hemos dicho; es convicción general de la inteligencia y del corazón, á que nadie puede sustraerse, que estamos destinados á la felicidad, y que es posible alcanzarla. ¿Á qué hacer largas investigaciones respecto de esto, dice Máximo de Tiro, cuando son todos de la misma opinión? <sup>(3)</sup>

Para disculpar á esos filósofos, no tenemos inconveniente en admitir que tienen cierto derecho á tratar con tanto desdén el Eudemonismo, es decir, los bajos instintos de felicidad de la civilización universal; pues si ésta no admite una felicidad más elevada que el bienestar terrestre, consistente en la posesión de bienes temporales, de goces carnosos y de una civilización puramente profana, entonces

(1) J. G. Fichte, *Apellation an das Publikum*, (G. W., V, 219 y sig.).

(2) Hartmann, *Philosophie des Unbewussten*, II, 390.

(3) Strauss, *Der alte und der neue Glaube*, (8) 367 y sig.

(4) Maximus Tyr., 35, 2.

no hay para qué zaherir á los que rechazan como absolutamente indigna del hombre tal filosofía. Hasta nos obligan á cierta gratitud, porque nos dan ocasión para hacer resaltar más la enseñanza fundamental del Cristianismo, según la cual no hacemos más que perfeccionarnos, y que sólo encontramos nuestra felicidad cuando aspiramos á un fin más alto, superior á nosotros, el fin supremo, Dios mismo. Pero no se sigue de aquí que la filosofía tenga derecho á negar toda felicidad; al contrario, esto prueba tan sólo que debemos representárnosla con aspecto más puro y noble de como el mundo ordinariamente lo hace, y que solamente alcanzamos el fin aspirando al más elevado, al más espiritual.

Precisamente este punto esclarecerá la última y decisiva cuestión de la diferencia entre el falso Humanismo y el concepto cristiano, que es al mismo tiempo el de la verdadera humanidad. En el Humanismo se rechaza todo fin que excede del hombre; por consiguiente, todo fin por medio del cual pueda aquél elevarse hacia una perfección más alta, y salir de su estado que no le satisface; desde el punto de vista cristiano, el punto de vista verdaderamente humano, se declara desde luego al hombre que puede llegar á un progreso y á un perfeccionamiento, y por ese medio, á la verdadera satisfacción, únicamente cuando aspira á un fin último, que está más allá de su propia pobreza; fin que en luz, en pureza, en perfección, es para él el modelo más elevado que pueda proponerse, lo mismo que el impulso más vigoroso para sus esfuerzos.

**4. La negación del fin supremo es la declaración de bancarrota del Humanismo.**—La negación de toda felicidad, es decir, de todo fin, que acabamos de descartar, tiene también otra significación: suministra precisamente otra prueba y confirma el principio, del que, como varias veces hemos visto, dependerá el apreciar rectamente la evolución toda de la civilización humanista. En otros términos, no se puede negar lo sobrenatural, ni rechazar la dirección intelectual que imprime á los que lo admiten,

sin perjudicar á la naturaleza. En nuestra cuestión aparece esto con toda claridad.

Nunca, en efecto, podremos convencernos de que Strauss, Hartmann y sus discípulos nieguen seriamente que la felicidad es posible; por de pronto tenemos en demasiada estima la naturaleza humana, para creer que llegue á persuadirse de tales ideas; pero además, esos pensadores dejan adivinar que no son capaces de realizar su misión en esta vida, después de haber rechazado una vida superior. No es, por lo tanto, su afirmación otra cosa que una manera de disimular la dificultad en que se encuentran de no poder ofrecer al hombre la perfección terrestre prometida. Declararon al Cristianismo la guerra, diciendo que establece la división en el hombre, asignándole un fin más elevado, y no hace de él un hombre completo. Con eso llegan al término de su sabiduría; no tienen nada, absolutamente nada, para el corazón; se ven obligados á confesarlo claramente: sólo á la inteligencia prometen algo, y proceden sin duda de buena fe. ¡Como si únicamente la cabeza tuviese el privilegio de exigir que se la satisficiera! ¡Como si fuera posible perfeccionar al hombre olvidando el corazón! ¡Como si la cabeza pudiese nunca tener razón para arrogarse todo derecho para sí y no dejar al corazón nada!

Es, pues, una señal característica de su tendencia el no haber hecho antes esa confesión vergonzosa; es sorprendente que Strauss, lo mismo que Hartmann, no lleguen á ella hasta las últimas páginas. El Cristianismo nos hace prudentes desde el principio cuando nos dice: Probad al espíritu. <sup>(1)</sup> Examinadlo todo, <sup>(2)</sup> vuestra mirada y vuestra inteligencia deben dirigirse al fin, <sup>(3)</sup> después debéis tomar carrera, pero corred de modo que logréis el premio. <sup>(4)</sup> No se oye un lenguaje tan franco á nuestros adversarios. Entre ellos hay quien dice: Dejad la fe sombría que sólo sirve

(1) Juan, IV, 1.

(2) I Thess., V, 21.

(3) II Cor., I, 13.

(4) I Cor., IX, 24.